



HAL
open science

La memoria de los lugares: entre espacios de la historia y territorios de la geografía

Nicolas Verdier

► **To cite this version:**

Nicolas Verdier. La memoria de los lugares: entre espacios de la historia y territorios de la geografía. Ortega Cantero, N., García Álvarez, J. y Mollá Ruiz-Gómez. LENGUAJES Y VISIONES DEL PAISAJE Y DEL TERRITORIO, UAM Ediciones, pp.209-217, 2010, Estudios. halshs-00517715

HAL Id: halshs-00517715

<https://shs.hal.science/halshs-00517715>

Submitted on 15 Sep 2010

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

La memoria de los lugares: entre espacios de la historia y territorios de la geografía

Nicolas Verdier
CNRS, UMR 8504 Géographie-cités

El arte de la memoria, tal como Cicerón lo describía, reposa sobre la fabricación de un sistema de lugares y de imágenes puestos en relación por un itinerario. Cada lugar está asociado a una imagen-recuerdo, especie de “*Magdalena de Proust*” que permite la reviviscencia del recuerdo. Todo un sistema de lugares definidos no sólo por su sucesión, sino también por la distancia que existe entre ellos, permite la memorización (ANTOINE, 1993). Esta memoria así compuesta, al igual que una carta, conforma un saber que une íntimamente espacio y tiempo. Esta asociación se extendió, en un tiempo, a los saberes colectivos, más allá de la memoria personal, incluso de la memoria colectiva, para desarrollarse, al menos en Francia, en el marco de una historia vinculada con la geografía. En el interior de los saberes estrechamente ligados a la acumulación de datos, la geografía era “el ojo y la luz” de la historia (BLAEU, 1667, introducción). Permitía su comprensión.

Las relaciones entre la historia y la geografía se atenúan después de manera muy paulatina, primero por la erección en disciplinas separadas, a fines del siglo XIX; luego por la lenta reducción del conocimiento mutuo entre los dos saberes. Es necesario sin embargo esperar hasta el último tercio del siglo XX para que, según algunos, la relación se desmorone casi enteramente. El último avatar de esta relación se sitúa durante la “onda memorística” que afecta a Francia desde hace una veintena de años. En la presente contribución deseo volver justamente sobre esta relación, en curso de renegociación, para comprender mejor la naturaleza de esta nueva memoria, que curiosamente se ha construido sin referencia explícita a la primera. De este modo, por ejemplo, en ningún texto de Pierre Nora sobre los lugares de memoria se menciona el *ars memoriae*. Para precisar los términos de esta cuestión efectuaré un paralelismo entre usos históricos y geográficos de la memoria, ligando las dos aproximaciones. La primera cuestionará la interdisciplinariedad para comprender el momento en que se produce dicha “onda memorística” y las dificultades de apropiación que se desprenden de ella. La segunda se concentrará en un objeto común: el mapa. Percibido, durante mucho tiempo, como un objeto-memoria, pero cuya función misma se ha vuelto hoy a poner en tela de juicio, la reflexión en torno al mapa permitirá finalmente comparar memoria y territorio.

Las relaciones entre historia y geografía

En octubre de 1985, es decir, un año después de la publicación del primer volumen de *Lugares de Memoria*, dirigido por Pierre Nora, se realizó un coloquio en Châteauvallon titulado “Una lección de historia”, consagrado a la obra de Fernand Braudel. De las discusiones de este Coloquio, recogidas en un volumen editado al año siguiente, nos interesan aquí las mantenidas entre Fernand Braudel, Étienne Juillard y Claude Raffestin, o sea, entre un historiador y dos geógrafos. El diálogo es relativamente corto (BRAUDEL 1986a, pp. 208-213), pero muestra la incompreensión recíproca. Para Braudel, “si no hay determinismo geográfico”, no puede haber ciencia geográfica (BRAUDEL 1986a, p. 175). Por su parte, Juillard reivindica su “antideterminismo geográfico”, en el cual habría vivido desde hacía 50 años. La geografía de Braudel no es, en consecuencia, la de Juillard, aunque los dos autores se conocían desde hacía mucho tiempo, puesto que Juillard fue uno de sus colaboradores en la revista *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations* desde mediados de los años 1950. Pero de este conocimiento mutuo no se infiere un acuerdo, ni una comprensión.

Volvamos rápidamente a la historia de este divorcio entre Historia y Geografía, que son en Francia dos disciplinas muy próximas. Dicho divorcio descansa sobre antiguos rencores derivados en gran parte de la consideración de la Geografía como disciplina a fines del siglo XIX y de las reacciones que acompañan a esta fundación. La tensión conoce su apogeo luego de la obtención, por parte de la Geografía, de una agregación separada de la agregación de Historia en 1941-1942, por una decisión del gobierno de Vichy, lo cual servirá de argumento para desvalorizar la decisión (DUMOULIN, 1994). El diálogo entre las disciplinas comienza entonces a restringirse de modo gradual, aunque la separación entre los concursos de las agregaciones de historia y geografía permanece en parte indecisa. En efecto, todavía hoy, los candidatos de cada disciplina en las oposiciones al profesorado de enseñanza media deben disertar por igual, por lo menos, sobre un tema de la otra disciplina. Un saber común se mantiene, pues, de modo indiscutible y explica, probablemente, ciertas metáforas recurrentes entre los historiadores franceses más reputados de los últimos decenios, como el propio Pierre Nora, quien describe, por ejemplo, los museos, archivos, cementerios, monumentos santuarios y asociaciones, como “cerros testigos de otra era” (NORA, 1984, p. XXIV). Quien haya seguido los cursos de geografía para historiadores que se impartan en Francia reconocerá en esta metáfora, sin duda alguna, el ejercicio canónico del corte topográfico en un relieve de cuesta. Igualmente se mantienen, hasta la actualidad, investigaciones de naturaleza transdisciplinaria, sobre las cuales no tengo espacio para detenerme aquí (VERDIER, 2009).

Sin embargo, entre los historiadores, las referencias a los geógrafos remiten cada vez más a autores del pasado, como Paul Vidal de la Blache o sus discípulos. En Braudel, es suficiente leer las primeras páginas de *La identidad de Francia* para ver su buen conocimiento de Vidal de la Blache (BRAUDEL, 1986b), y su ceguera en lo que atañe a los geógrafos contemporáneos. En el mismo sentido, Vidal es el único geógrafo al que se dedica un artículo en *Les lieux de mémoire*. Entre los geógrafos, la explicación histórica desaparece progresivamente en beneficio del análisis espacial, que sólo se impone realmente en los años 1980. El origen de este movimiento es complejo, aunque aquí me limitaré a recordar la cuestión de la “nueva geografía”, uno de cuyos hitos fundacionales viene dado por el nacimiento de la revista *L'espace géographique* en 1972 (ROBIC, 2006). La aproximación cuantitativa y espacializada reemplaza en este caso al estudio de los países y los géneros de vida. El instante presente, saturado de estadísticas, absorbe el esfuerzo de los geógrafos de la época. La mayor parte de las veces, los historiadores saben poco de esto.

Memoria y geografía

En este preciso momento Pierre Nora impulsa su obra sobre “los lugares de memoria”. De entrada, conviene significar aquí una de las principales especificidades de esta obra respecto a la tradición historiográfica precedente. En efecto, si repasamos algunas de las principales historias de Francia publicadas desde el inicio de la Tercera República, nos encontraremos con que una de sus especificidades más características casi siempre respetada en ellas es comenzar con una Geografía de Francia (VIDAL DE LA BLACHE, 1903 ; BRUNHES, 1920 ; MUSSET 1954 ; BRAUDEL 1986b, BUGUIÈRE y REVEL 1989). La descripción del territorio, ubicada en el tiempo o no, inicia de manera sistemática la historia del país. Existe en ello una particularidad notable, que vuelve al territorio necesario para la nación, pero que no hay lugar a plantear en el marco de este artículo. Baste recordar que desde la Tercera República, es evidente el hecho de que en los programas escolares hay una voluntad de unir territorio, Estado y Nación. En *Les Lieux de Mémoire* de Nora, sin embargo, esta alianza se rompe. Al leer la introducción de este autor, resulta evidente que el aspecto geográfico no es lo que le preocupa. La sociología, e incluso la antropología, parecen más

pertinentes a sus ojos para comprender la historia de Francia. Al hacer esto, –lo cual constituye un punto importante en lo que respecta a la percepción de una tensión ligada a la memoria-, Pierre Nora deja de lado toda la argumentación geográfica vigente desde hacía al menos dos siglos, que hacía de la diversidad francesa el cimiento de su unidad.

La otra relación posible de los *Lugares de memoria* con la geografía se deriva del uso de la palabra lugar. En 1993, Mona Ozouf vuelve a referirse en este punto a la dificultad de esta apropiación (OZOUF, 1993). A propósito del seminario de Nora en la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París, Ozouf hará notar que “había algo muy desconcertante en el esfuerzo intelectual realizado para arrancar el término lugar en su acepción espontáneamente topográfica”. Es probable que este momento de separación máxima entre historia y geografía haya facilitado un uso tan específico. Si, al igual que numerosos historiadores, la autora acabará por aceptar la proposición de Pierre Nora, en contrapartida, los (escasos) geógrafos que leyeron *Los lugares de memoria* denunciarán muy claramente la fragilidad de tal empleo. Así, en 1995, Bernard Debarbieux escribe: “esta decisión de separar el lugar de su asiento geográfico es discutible. Ciertamente la lengua francesa autoriza a hablar de lugar fuera de todo contexto geográfico (un no lugar, un lugar común, etc.); pero el sentido común lo relaciona voluntariamente con éste” (DEBARBIEUX, 1995). Los geógrafos franceses no aceptarán fácilmente el abuso de autoridad de Pierre Nora, quien en la presentación de los *Lugares de memoria* afirmaba: “Estos lugares es necesario entenderlos en todos los sentidos de la palabra, desde el más material y concreto, como los monumentos a los muertos y los Archivos nacionales, hasta el más abstracto y construido intelectualmente, como la noción de linaje, de generación, o incluso de región y de “hombre memoria””. Frente a ese uso abusivo o excesivamente laxo de las palabras, los geógrafos que abordan la problemática de la memoria se decantarán por otros lugares. Se prefieren los lugares emblemáticos a los lugares de memoria. La referencia siempre citada no es, pues, necesariamente, *Los lugares de memoria*, sino que pasa más bien por el volumen sobre los *Hauts-lieux* (lugares emblemáticos) aparecido en la colección “Autrement” en 1990 (CREPU y FIGUIER, 1990).

Después de esta apropiación de temas ligados a la memoria, se pueden distinguir dos etapas en las investigaciones de naturaleza geográfica. La primera vendría representada por los trabajos de Jean-Luc Piveteau, quien, desde el comienzo de los años 1990, se interesa fuertemente en las relaciones entre memoria, lugar y territorio (PIVETEAU 1992). A grandes rasgos, Piveteau accede a la cuestión de la memoria a través de las metáforas utilizadas con regularidad, tanto por los geógrafos como por los historiadores, del “palimpsesto” y del “corte transversal” (reaparece, pues, una vez más, la figura del corte topográfico). Tales metáforas permiten abordar la idea de herencia. Volveremos sobre este punto en el siguiente apartado de este trabajo, pero para evocar su razonamiento, avanzaremos simplemente que Piveteau convierte el mapa, entendido como palimpsesto, en la quintaesencia de su propuesta, porque en el mapa “se yuxtapone, sin acepción de edad, lo que se ha puesto en el lugar en épocas diferentes”. En 1995, escribe: “Para nosotros, geógrafos, preocupados desde hace dos decenios por integrar en nuestros análisis la manera que tienen los hombres de aprehender el espacio, [la temática de los lugares de memoria] aparece como un instrumento privilegiado: *la dinámica de la memoria confiere a nuestra aproximación de las representaciones un espesor temporal mayor. Al leerlos [...] como lugares de memoria, los territorios adquieren un suplemento de sentido*” (PIVETEAU 1995).

La segunda etapa en la investigación geográfica reciente de temática histórica en Francia vendría definida por un retorno a los cuestionamientos acerca, no sólo de las temporalidades en geografía, sino también de la geohistoria. En este sentido se puede citar, de entrada, la reedición de los trabajos de Roger Dion (DION, 1990). Pero además, y más allá de este referente “clásico”, se encuentran numerosos títulos que surgen en el momento fruto

de una renacida colaboración entre geógrafos e historiadores, tales como *Temporalidades urbanas* (PUMAIN y LEPETIT 1993), o incluso trabajos sobre la durabilidad de los sistemas de ciudades (SANDERS, 1997). Pero, ¿qué lugar ocupa en ellos, verdaderamente, el tema de la memoria? Ésta parece que ha caído en parte en la trampa. Un indicio de esto se halla en la publicación de *Lugares de historia, ensayo de geohistoria sistemática* de Christian Grataloup –forma de respuesta a los *Lugares de memoria-* (GRATALOUP, 1996). Lo que parece ocupar a los geógrafos en esta segunda etapa es más el retorno a la consideración del tiempo, y tal vez de la historia, que el de la memoria en la geografía. Una revisión exhaustiva de dos revistas significativas por diversos motivos (*Cybergeo* y *L’Espace Géographique*) demuestra que si la palabra se ha hecho difusa, la problemática en parte ha desaparecido.

Del palimpsesto a la morfogénesis: de la memoria al territorio

¿Qué es la memoria para Pierre Nora? En la presentación del primer volumen de *Les lieux de mémoire*, publicado en 1984, el autor consideraba la memoria como “un marco, más que un contenido, una postura siempre disponible, un conjunto de estrategias, un ser allí que vale menos por lo que es que por lo que se ha hecho de él” (NORA 1984, p. VIII). Esta definición se nos aparece en cierto modo como una hermana siamesa de la noción de territorio, tal como lo definen algunos geógrafos desde el comienzo de los años 1980. En este sentido cabe citar, por ejemplo, los trabajos y la revista del grupo de investigación “Territorio”, en la cual han participado Marcel Roncayolo y otros, a mediados de los años 1980. La publicación de *La ciudad y sus territorios* (RONCAYOLO 1990) difunde el concepto. Asimismo, cabe mencionar los trabajos de Claude Raffestin, uno de los interlocutores de Braudel en 1985, quien desde 1980 comienza a interesarse en el territorio (RAFFESTIN 1980). Además, debe insistirse sobre la incorporación de la temática de la identidad en la Geografía, porque con el territorio entra por entero también la identidad en el campo de investigación geográfica, dejando de lado los “géneros de vida”, tan valorados por la escuela de Vidal de la Blache. Sean cuales fueren los desacuerdos entre estos diferentes autores, todos comparten una definición de territorio como marco, definido por posturas y estrategias, apropiado y apropiable. Por esta relación con la apropiación y la identidad, el territorio de estos geógrafos es de la misma naturaleza que la memoria de la cual habla Nora.

Uno de los autores más prolíficos en la cuestión de las relaciones entre memoria y territorio ha sido el ya citado Jean-Luc Piveteau. Piveteau reivindica el término territorio sólo a mediados de los años 1990, pues prefiere, a comienzos de la década de 1990, la expresión organización del espacio. En cuanto a la memoria, si bien él emplea la palabra desde el inicio de los años 1990, sólo la asume realmente en un artículo de 1995 sobre la relación entre memoria y territorio. Ya lo vimos anteriormente: el territorio constituye, para Piveteau, “una yuxtaposición, sin acepción de edad, de lo que se ha colocado en épocas diferentes” y en la cual “se observan por telescopio fases que se han sucedido”. “Nosotros –afirma más adelante– proyectamos sobre un plano la profundidad del tiempo [...]. Y el mapa –nuestro emblema– nos sitúa en una mecánica de palimpsesto” (PIVETEAU 1990). Para Piveteau, esta mecánica de palimpsesto es el equivalente del “corte transversal [en el sentido de corte topográfico] practicado a través de los ritmos muy numerosos” que organizan el territorio. El mapa topográfico “registra un cierto número de huellas que marcan las herencias de diferentes épocas” (PIVETEAU 1990). Metáforas que retoman o recuerdan estrechamente a las analogías -huellas, cerro testigo- que veíamos utilizar por Pierre Nora.

Esta aproximación del territorio, incluso del espacio en sus relaciones con el tiempo, entendido como palimpsesto o perfil topográfico, es una constante del discurso, tanto entre los historiadores como entre los geógrafos desde el momento en que se apoyan sobre lo que Piveteau considera el “emblema” de los geógrafos, es decir, sobre el mapa. Éste se transforma

de método de memorización escolar en contenedor de la memoria... Tomemos el ejemplo de la gran encuesta sobre los planos parcelarios impulsado por Marc Bloch desde el primer número de los *Annales*, en 1929 (BLOCH 1929). Hay un alto grado de fascinación en el texto que Bloch escribe en aquel momento sobre los planos, “estos documentos vivientes, estas mismas hojas donde el observador sin experiencia no percibe sino una infinidad de pequeños trazos, que rayan el papel en todos los sentidos” (p. 60). El mapa aparece aquí como un objeto casi mágico, que recuerda la mística de los archivos de Michelet (RANCIERE 1992), y que merece esta larga cita:

“Porque los planos parcelarios [...] sólo permanecen monótonos y exánimes hasta el día en que la varita de la intuición histórica les confirió un alma. En sus trazos fijos, está impresa y se revela una historia dinámica, llena de trabajos y de aventuras, vívida para el que tenga el arte de aprehenderla [...]. La forma y la disposición de los campos que [los planos] hacen aparecer a nuestros ojos aclaran los comienzos de la ocupación del suelo, y revelan, [...] según las comarcas, semejanzas y diferencias donde el historiador de las civilizaciones más antiguas, cubiertas en la actualidad por pueblos y Estados más jóvenes, podrá extraer indicios que buscaría vanamente en otra parte” (p. 61) [...] No obstante, el estudio de los planos no es un fin en sí mismo. Los rasgos materiales inscritos en ellos sólo valen por aquello que nos revelan. Tales rasgos nos ofrecen la anatomía [...]. La anatomía es el conocimiento primario del cual el fisiólogo no podría prescindir, y, recíprocamente, aquella sólo se vuelve inteligible una vez que sus sustratos fisiológicos son escrutados y descritos. Igualmente, el plano parcelario se ubica al comienzo y al final del estudio agrario: al comienzo, como instrumento de investigación, uno de los más prácticos y de los más seguros que existen; al final [...], como la imagen más inmediatamente sensible de realidades sociales profundas.” (p. 62)

Estamos, en este punto, en el mismo hilo del discurso que August Meitzen proponía cuando afirmaba que el parcelario antiguo en franjas era legible sobre los planos catastrales modernos (MEITZEN 1895). En su geografía humana, el propio Jean Bruhnes habla de supervivencia, de superposición entre formas pasadas y formas presentes (BRUNHES, 1910, pp. 208-250).

Con el mismo espíritu, Braudel, buen conocedor de la geografía de los años 1920-30, en su texto sobre “geohistoria y determinismo” –aparecido en la primera edición de *El mediterráneo*– concibe la geografía como un mapa, lo que le da ocasión a una demostración que remite esta vez al milagro:

“He aquí la Concha de Oro de Palermo, seguramente uno de los paisajes más mágicos de llanura humanizada con el que se pueda soñar en el Mediterráneo. En su origen, la conquista árabe de los siglos VIII y IX [...]. Ahora bien, cerca de Argel se produjo el mismo milagro, pero ante nuestros ojos, ayer mismo, en las llanuras estrechas y las laderas del Sahel, en un cuadro análogo al de la llanura palermitana adosada a los relieves de la isla. ¿Es que esta pequeña región de Fahs no es acaso más siciliana que Sicilia [...]? He aquí [...] el mismo milagro con siglos de distancia” (BRAUDEL 1949, pp. 296-297).

Al final de su carrera, en 1986, volverá a esta forma de discurso a propósito del espacio francés: “Los paisajes, los espacios, no son únicamente realidades presentes, sino

también, en buena medida, supervivencias del pasado. Horizontes anteriores se dibujan, se recrean, para nosotros, a través de los espectáculos ofrecidos: la Tierra está, como nuestra piel, condenada a conservar la huella de las heridas antiguas.”(BRAUDEL 1986, p.25) El mismo año, Alfred Fierro-Domenech, en su *Geografía histórica de Francia*, escribe un capítulo sobre “el paisaje palimpsesto de la historia”(FIERRO-DOMENECH 1986). El espacio palimpsesto, el paisaje palimpsesto, incluso el territorio palimpsesto, constituye en aquel entonces una metáfora de amplio uso.

Como muestran los trabajos de Jean-Luc Piveteau, desde el inicio de la década de 1990 la analogía del palimpsesto pierde, sin embargo, su pertinencia. Después de su tentativa de recuperación de las metáforas, Piveteau se separa de éstas completamente, en 1995, en pro de la cuestión: “¿El territorio es un lugar de memoria?”. Lo que le interesa ahora es saber si leer el territorio como un lugar de memoria resulta heurístico para el geógrafo. La respuesta es positiva y se asienta en la idea de pluralidad. Para Piveteau, tener en cuenta la memoria en la construcción territorial lleva a pensar en la pluralidad de los tamaños del territorio, la pluralidad de los actores, la pluralidad de los ritmos temporales y, finalmente, la pluralidad de los territorios, cada uno de los cuales ofrece una visión distinta de las otras.

Frente al enfoque del palimpsesto, hoy día se prefiere el de la morfogénesis, es decir, la consideración de elementos que transmitirían modos de organización del territorio mucho después de su época de creación o de funcionamiento. A la magia del mantenimiento en el tiempo se prefiere el ejercicio de la reconstrucción, esto es, el análisis del proceso que implica la perennidad. Las investigaciones más dinámicas en este sentido parecen concentrarse entre los arqueogeógrafos, que Gérard Chouquer desearía reunir en una nueva disciplina. Poco importan los objetivos aquí, recalquemos simplemente un interés acentuado por el modo en que las formas del pasado se transmiten. Sandrine Robert habla así de “la incesante renovación en el seno de un juego complejo de reinterpretaciones” (ROBERT 2004). Frente al *continuum* postulado del tiempo de la transmisión, lo que interesa a los arqueogeógrafos es lo que preocupaba tanto a Louis Poirier como a Roger Dion, incluso a Piveteau o a Debarbieux: la contigüidad de objetos de edades, temporalidades y capacidades de coexistir diferentes.

La “dictadura de la memoria” descrita por Pierre Nora y muchos otros especialistas, no ha sido, pues, vivida claramente como tal por los geógrafos, que se postulan, desde hace al menos noventa años, como los especialistas del presente. Al contrario de los usos históricos de la memoria, que han conducido a una desvalorización de la relación con el espacio a la hora de interpretar la nación, los usos geográficos de esta noción han permitido la consolidación del concepto de territorio, así como una vuelta a las temporalidades. Una dictadura del territorio, ¿configuraría entonces el equivalente de la de la memoria? La heterogeneidad protege ciertamente a la Geografía de tal deriva. Pero más allá de la fuerza del tema de la identidad, lo que vincula a historiadores y geógrafos concierne a las mismas lógicas. Cada uno le conoce las cualidades y los riesgos. Éstos necesitan la mayor atención, pero tienen innegables virtudes heurísticas. Libros recientes que vinculan frecuentemente a historiadores, geógrafos y arqueólogos muestran así el nuevo apogeo de objetos transdisciplinarios (VERDIER 2009). Los espacios de Braudel, apoyados en la geografía de comienzos del siglo XX, han sido reemplazados por lugares y territorios que han aprovechado los trabajos sobre la memoria iniciados por los historiadores.

Bibliografía

ANTOINE J.-P. (1993): “Mémoire, lieux et invention spatiale dans la peinture italienne des XIIIe et XIVe siècles”, *Annales HSS*, vol. 48, n°6, pp. 1447-1469.

- BLAEU J.(1667): *Grand Atlas, ou Cosmographie Blaviane, en laquelle est exactement décrite la terre, la mer et le ciel*, Amsterdam, chez Jean Blaeu.
- BLOCH M. (1929): “Les plans parcellaires”, *Annales d’histoire économique et sociale*, n°1, pp. 60-72.
- BRAUDEL F. (1949): *La Méditerranée et le Monde méditerranéen à l’époque de Philippe II*, Paris, Armand Colin.
- BRAUDEL F. (1986a): *Une leçon d’histoire de Fernand Braudel, Châteauvallon/octobre 1985*, Paris, Arthaud-Flammarion.
- BRAUDEL F. (1986b): *L’identité de la France*, Paris, Arthaud-Flammarion.
- BRUNHES J. (1910): *La géographie humaine*, Paris, Alcan.
- BRUNHES J. (1920): *Géographie humaine de la France*, Paris, Plon.
- BURGUIERE A. y REVEL J. (1989): *Histoire de la France, L’espace français*, Paris, Seuil.
- CREPU M y FIGUIER R. (1990): *Hauts lieux, une quête de racines, de sacré, de symboles*, Autrement, série mutations, n° 115, mai.
- DEBARBIEUX P. (1995): “Le lieu, le territoire et trois figures de rhétoriques”, *L’espace géographique*, n°2, pp. 97-102.
- DION R.(1990): *Le paysage et la vigne, Essais de géographie historique*, Paris, Payot.
- DUMOULIN O. (1994): “À l’aune de Vichy, la naissance de l’agrégation de géographie”, Actes du colloque de Clermont-Ferrand, GUESLIN A. (dir.), *Les Facs dans la guerre*, Clermont Ferrand, Presses de l’Université de Clermont Ferrand.
- FIERRO-DOMENECH A. (1986): *Le pré carré. Géographie historique de la France*, Paris, Lafont.
- GRATALOUP C. (1996): *Lieux d’histoire, essai de géohistoire systématique*, Montpellier, GIP-Reclus.
- MEITZEN A. (1895): *Siedelung und Agrarwesen der Kleten, der Römer, der Finnen un der Slaven*, Berlin, 4 vol.
- MUSSET R. (1954): “la géographie de l’histoire”, in REINHARD, M et DUFOURCQ N. (dir.), *Histoire de France, Tome 1^{er} Des origines à 1715*, Paris, Libr. Larousse, pp. 27-50.
- NORA P. (1984): “Entre mémoire et histoire, la problématique des lieux”, in Nora, Pierre (dir.), *Les lieux de mémoire, I. La République*, Paris, Gallimard, pp. XVI-XLII.
- NORA P. (1997): “L’ère de la commémoration”, in NORA P. (dir.), *Les lieux de mémoire, III*, Paris, Quarto-Gallimard, pp. 4687-4719.
- OZOUF M (1993): “Le passé recomposé”, *Le magazine littéraire*, n°307, février, pp. 22-25.
- PIVETEAU J.-L. (1990): “La carte topographique, pour saisir « l’épaisseur temporelle » de l’organisation de l’espace”, *Mappemonde*, n°3, pp. 32-35.
- PIVETEAU J.-L. (1992): “L’épaisseur temporelle de l’organisation de l’espace : « palimpseste » et « coupe transversale »”, *Géopoint 90*, Avignon, Géopoint, pp. 211-220.
- PIVETEAU J.-L. (1995): “Le territoire est-il un lieu de mémoire”, *L’espace géographique*, n°2, pp. 113-123
- PUMAIN D. y LEPETIT B. (dir.) (1993): *Temporalités urbaines*, Paris, Anthropos.
- RAFFESTIN C. (1980): *Pour une géographie du pouvoir*, Paris, Litec, 1980.
- RANCIERE J. (1992): *Les noms de l’histoire, essai de poétique du savoir*, Paris, Seuil, Librairie du XXe siècle.
- ROBERT S. (2004): “Comment les formes du passé se transmettent-elles ? ”, *Études rurales*, n° 167-168, pp. 115-132.
- ROBIC M.-C. et alii (dir.) (2006): *Couvrir le monde, un grand XXe siècle de géographie française*, Paris, ADPF.
- RONCAYOLO M. (1990), *La ville et ses territoires*, Paris, Gallimard, 1990 (sobre todo el capitulo IX, escrito en 1982).

SANDERS L. (1997): "Durability of settlements systems : a long term perspective", *Cybergéo* n°31, 10 p., (<http://www.cybergegeo.presse.fr>).

VERDIER N. (2009): "Les relations entre histoire et géographie en France : tensions, controverses et accalmies", *Storica*, 40, pp. 65-114.

VIDAL DE LA BLACHE P. (1903): *Tableau de la géographie de la France*, Paris, Hachette.